

Gaston tartamudeó algunas escusas.

—Has pensado mal de mí, le dijo la niña deteniéndose y fijando en él una dulce mirada de reconvencción.

—¡Ah! es verdad, dijo Gaston, había olvidado que amas á Muza.

Schamsul-llemal hizo un gracioso mohin de disgusto, y contestó:

—¡Yo no amo al emir! le respeto y le profesó agradecimiento; pero yo no puedo pertenecer á un infiel, porque soy cristiana.

Gaston dió un salto de alegría, que le puso en grande peligro de herirse en la bóveda de la mina.

—¡Oh! es verdad, dijo; hablas perfectamente el español, eres castellana, cautiva tal vez. ¿Y de qué familia?

—No la conozco. Me he criado en el castillo de Schalobanyah, (1) cercada de gentes estrañas, contestó Schamsul-llemal con un acento tal de dulzura, que el capitan creyó encontrar una amante conmocion en las palabras de la jóven.

Despues de esto, ella, tal vez por cubrir la expresion de su semblante, echó el velo de su toca sobre la frente; y él, temeroso de enojar tal vez á la dama con miradas indiscretas, se adelantó un tanto precediéndola á través de la mina.

Gaston de Vargas, hijo de uno de los mas hidalgos troncos de la nobleza castellana, rico, valiente y jóven, era de carácter resuelto, emprendedor, audaz, y dotado de una franqueza sin límites. Profesó

(1) Salobreña.

saba una verdadera amistad á Muza, y se sentia dominado por el prestigio del heroismo de aquel desventurado caballero, tan noble, tan leal, tan cumplido. Gaston sabia que amaba á Schamsul-Ilemal, y comprendió que si bien él á su vez habia sucumbido como Muza al primer encuentro con la inmensa belleza de aquella misteriosa mujer, debía dejar venir los acontecimientos, ser leal al emir, y esperar á que desengañado él de lo imposible de sus amores, dejase á la jóven en libertad de elegir entre los dos.

Por otra parte, aunque ella le habia mostrado cuanto puede mostrar una mujer pura, un afecto mas que vulgar, temia la inconsecuencia propia de la raza de Eva, y que, como aquella primera madre, no fuera entre él y Muza una manzana fatal.

Por la primera vez Gaston era prudente; hasta entonces se habia dejado arrastrar de los acontecimientos, confiado, loco, sin mirar al porvenir; pero entonces amaba, y sabido es que el amor suele transformar á los insensatos en pensadores, y á los pensadores en furiosos.

Ella no se tomaba el trabajo de meditar, estaba predestinada á un grande objeto por el destino, y se dejaba arrastrar de él.

Al fin terminó la mina, y la luz de la antorcha alumbró una pequeña puerta chapeada de hierro.

Gaston levantó la mano para llamar.

—Espera, le dijo Schamsul-Ilemal; tal vez nos separaremos en breve y quiero que conserves una memoria mia.

La jóven desprendió un joyel de diamantes que sujetaba sobre su toca las anchas y largas trenzas de

sus cabellos, que calleron á su espalda, y le entregó á Gaston. —Escucha, añadió ella poniendo una de sus pequeñas manos sobre el hombro del capitán; hasta ahora tú eres el primer hombre cuya presencia no me ha molestado, y á quien mis ojos no han mirado con desden. Este joyel es una prenda mágica; si alguna vez deseas verme ponlo sobre tu corazón cuando guarde ese deseo, y aunque me circunden torres y cavas, aunque me guarden en un arca cerrada con los siete sellos de Dios llegarás hasta mí.

Gaston recibió temblando el amuleto, porque á pesar de su poderoso aunque naciente amor, no era bastante á curarle del horror que le inspiraban los hechizos.

Quizá tuvo miedo al lado de Schamsul-llemal, y llamó con el extremo de la antorcha en la puerta de hierro.

Nadie contestó.

Gaston repitió hasta tres veces la llamada.

Oyóse entonces una voz de mujer tras de la puerta.

—¿Quiénes sois y qué quereis? dijo en árabe.

—Somos, contestó Schamsul-llemal, cautivos del emir Muza Ebn-Abil-Gazan, que suplica á la poderosa sultana Aixa les guarde ocultos en su alcázar.

No contestó la voz, pero oyóse una llave rechinando en una cerradura, y la puerta se abrió.

Schamsul-llemal y Gaston se encontraron ante la sultana en el extremo de un magnífico jardín, junto á una cascada y bajo una bóveda de verdes cipreses.

Aixa tornó á cerrar la puerta, y fijó alternativamente su severa mirada en los jóvenes.

Schamsul-llemal habia echado atrás su velo; Gas-

ton se habia despojado respetuosamente de un bonete moruno que habia tomado en el retrete de Muza, dejando flotar al aire los sedosos rizos de su rubia cabellera.

—¿Cautivos sois de Muza? les preguntó la sultana posando de una manera avarienta su mirada en la jóven. ¿Y por qué mi hijo os envia á mi alcázar?

—Lo ignoro, señora, dijo ella; llévanos ante la sultana.

—Yo soy, contestó Aixa: seguidme.

Gaston arrojó la antorcha á las aguas, y aunque no comprendia el árabe comprendió que debia seguir á una distancia respetuosa á aquella noble dama, que harto mostraba en su continente su esclarecida alcurnia.

Y así anduvieron el jardin adelante entre acequias y flores, penetraron en una galeria oscura, subieron una escalera, y entraron en la misma cámara donde Aixa habia recibido á Muza, á Zoraya y á Sidy Alhamar.

—Eres tú mujer del harem de Muza, preguntó la sultana á Schamsul-llemal.

—Soy desde anoche su cautiva, señora, contestó.

—¿A quién pertenecias antes?

—Estaba aprisionada por el infante Sidy Alhamar.

La sultana palideció; aquella era la mujer que se le demandaba á precio de su honra.

—Sal y espera, dijo á Gaston que abismado en profundas meditaciones permanecía de pie junto á la puerta.

—No comprende la lengua árabe, señora, observó Schamsul-llemal.

—Castellano, dijo en buen español Aixa, sal de aquí.

Gaston frunció el gesto ante aquel imperioso mandato de sultana, se inclinó, salió á la galeria y se apoyó pensativo en un agimez.

Aixa entonces observó con ansiedad á la jóven; su frente nacarada, sus ojos negros, su mórbido cuello, todo su ser parte por parte fué objeto de la profunda mirada de la sultana.

—¿Cómo te llamas? la preguntó.

—Los que me han criado, contestó con rubor la niña, me han llamado, sin duda por amor, Schamsul-llemal (*Sol de la hermosura*).

—¡Oh! y no han mentido, jóven, contestó con emoción Aixa. ¿Y quiénes son tus padres?

—No lo sé, contestó ella.

—¿Cómo, no sabes quienes son tus padres?

—Solo recuerdo confusamente, como en un sueño, el semblante de una hermosa dama, que me besaba y lloraba sobre mi semblante en un palacio semejante á este. Yo amaba á aquella dama, y aunque solo guardo un recuerdo confuso la amo aun.

Schamsul-llemal fijaba en el semblante de la sultana una mirada tan fija y tan intensa como la que aquella posaba en la jóven.

—¿Y luego? exclamó Aixa.

—Luego, desperté un día y me encontré en otro lugar; era un castillo triste y sombrío levantado sobre una roca junto al mar; me acuerdo perfectamente de él porque allí he vivido hasta hace dos primaveras. Era el castillo de Schalobanyah, me guardaban como á una prisionera, á pesar de servirme

como á una sultana. Todos los dias un cautivo cristiano entraba conducido por el alcaide, y quedaba solo conmigo durante mucho tiempo.

Aquel anciano de largos cabellos blancos, frente tranquila y mirada dulce, era un sacerdote de Cristo.

Aixa se levantó sobre el divan, y mirando severamente á la jóven, la dijo:

—¿Eres cristiana!

—Sí, soy cristiana, dijo la niña bajando tímidamente los ojos; soy cristiana, y como tal mi nombre es Isabel.

Aixa dió un grito terrible arrancado del fondo de su alma, y palideció de una manera mortal.

—¿Isabel! exclamó, ¡siempre ese nombre aborrecido! ¡Oh! ¡las Isabeles son mi destino! ¡antes Isabel de Solis, ahora Isabel de Castilla, esa niña también Isabel! ¡Oh! ¡señor Allah, cuan inexorable eres conmigo!

—¿Oh! señora, dijo con gravedad Schamsul-llemal, repara que lo que te digo es un secreto que á nadie he revelado mas que á tí; á tí, no sé por qué, pero yo te amo como un recuerdo ó como un sueño; cuando te ví ante mí á la salida de la mina temblé, porque me pareció ver en tí...

—¿Silencio, niña! dijo Aixa poniendo su mano sobre la boca de Schamsul-llemal y mirando inquieta en torno suyo; ¡silencio! ¡estamos rodeados de traidores!

Y se levantó cerrando cuidadosamente las puertas.

—Sigue, sigue, dijo con ansiedad la sultana sentándose de nuevo en el divan; pero habla en voz baja... ¡si nos escuchasen!

Schamsul-llemal prosiguió:

—El sacerdote me enseñó el habla y la escritura castellana, me reveló la religion de Jesus y me la hizo creer. Sus pensamientos eran dulces, como su semblante y su resignacion, porque habia sido hecho cautivo para que fuese mi maestro.

Y asi pasaron diez años. Todas las primaveras el alcaide del castillo me hacia vestir con magníficas túnicas, me cubrian de joyas, y me encerraban en una litera cubierta por fuera con cortinas de seda muy tupidas y sujetas de manera que no las podia descorrer. Luego sentia que me levantaban del suelo y andaban; oia crugir el rastrillo, y luego pisadas de caballos y rechinar de arneses en rededor de mí; pero ni una sola palabra llegaba á mis oidos.

Y asi caminábamos todo el dia por un camino montañoso, segun podia juzgar por el movimiento de la litera; y luego, venida la noche, ya tarde, sentia crugir otro rastrillo, abrirse otra puerta de hierro, y ruido de armas y soldados que detenian por un momento á los que me conducian. Durante el dia, en el espacio comprendido entre aquellos dos rastrillos, solo escuchaba ruido de esquilas, gritos de pastores, ladridos de los perros, como los de los rebaños que desde las torres del castillo de Schalobanyah veia pasar errantes en las montañas á orilla del mar.

Pero pasado aquel segundo puente, llegaba á mis oidos un rumor inmenso, pasos de hombres, gritos de vendedores; de vez en cuando un alarido lastimero tras un golpe de espada llegaba hasta mí y me estremecia. Luego detenian los caballos, se abria otra puerta, dominaba un silencio profundo y dejaban la

litera en tierra alejándose los hombres que la conducían.

Pasaba un momento y abrían la litera; entonces me encontraba en un patio alto y estrecho sostenido por columnas, y una mujer vestida de negro con una lámpara en la mano, asia de mí y me conducía á una habitación magnífica cubierta de tapices y brocados, en el centro de la cual habia un divan de seda azul y pendiente de la cúpula una lámpara de nácar.

La mujer, que era muy hermosa, se sentaba junto á mí, y me preguntaba acerca del sacerdote, de su enseñanza, de mis creencias; un esclavo negro, mudo y sombrío, me servia manjares, y aquella mujer, despues de haberme dado otra leccion semejante á la del sacerdote, pero menos dulce, menos agradable, se retiraba dejándome sola y encerrada.

Yo sentia pavor dentro de aquel magnífico aposento lleno de flores, adornado de joyas, resplandeciente, con perfumeros cargados de aromas, con jaulas de oro en que habia pájaros de rico plumaje, con bulliciosos surtidores, y fuentes de alabastro en cuyo fondo habia peces de colores; pero los pájaros estaban mudos en sus doradas prisiones y los peces inmóviles en sus lechos de alabastro, porque les faltaba como á mí, triste tambien, la luz del cielo y las brisas del campo que son la alegría y la vida.

Y así pasaba siete dias, que yo contaba por las veces que venia á verme la mujer enlutada, siete dias que eran para mí una sola y tristísima noche.

Al cabo de ellos la mujer volvía á conducirme al patio, tornaba á encerrarme en la litera, poníase ésta en movimiento, y era de nuevo y de la misma

manera conducida al castillo de Schalobanyah, y á mi sencillo aposento donde mi alma se espaciaba respirando con placer las brisas del mar, y perdiendo mi vista ansiosa en sus lejanos horizontes de plata y azul.

Llegué á cumplir catorce años, y por primera vez me atreví á preguntar al sacerdote por mis padres; yo recordaba, como te he dicho ya, sultana, el semblante de una mujer que en tiempos lejanos besaba llorando mis mejillas y me estrechaba en sus brazos; y yo habia guardado en mi corazón aquel amor puro, soñaba con él y gozaba, porque desde entonces no habia rozado mis labios un beso de amor, ni habia visto mas rostro afable que el de mi pobre maestro.

Nada supo decirme; la tristeza moraba en mi corazón á pesar de ser mi carácter alegre y bullicioso.

Una noche, hace dos años, desperté estremecida; reinaba un silencio profundo, el mar dormía en calma; solo se escuchaba el paso de los atalayas en el adarve; pero en medio de este silencio creí escuchar gritos confusos y lastimeros en la mazmorra situada bajo mi retrete, y en la que encerraban al sacerdote despues de haberme dado su leccion cada dia; me asomé al agímez y escuché; entonces percibí distintamente la voz del desdichado que luchaba y suplicaba á los soldados; luego su voz se apagó como si una mano tapase su boca; sonaron sordos pasos violentos, y al fin un golpe opaco como el de un hacha que corta sobre un tajo.

Luego percibí las pisadas y el crujir de las armas de los soldados que salian de la mazmorra, el golpe

estridente de su puerta de hierro, y luego un silencio aterrador. Estremecime toda, y parecióme que un caliente y nauseabundo hálito de sangre llegaba hasta mí á través del respiradero de la prision colocado bajo el

Poco despues resonaron pasos en la galeria; abrióse la puerta del aposento, y el feroz alcaide entró seguido de dos esclavas.

—Engalanad á Schamsul-Ilemal, les dijo.

Las esclavas se acercaron á mí, pero yo las rechazé y corrí al alcaide.

—¿Qué has hecho del cristiano? le dije.

—El cristiano duerme, contestó sombríamente el alcaide.

—Duerme sobre un lecho de sangre! le dije señalándole su caftan horriblemente rojo.

—Los muertos no hablan, contestó haciendo un gesto feroz el alcaide y dejándome sola con las esclavas.

Habian muerto al bueno y anciano sacerdote, temiendo tal vez que algún dia revelase mi existencia, que querian tener envuelta en un profundo misterio!

Yo le amaba, y su pérdida me trastornó; cuando volví en mí me encontré cubierta de galas y joyas, encerrada en la litera, y caminando sobre el mismo terreno montañoso que otras veces.

Aquella noche la mujer enlutada me condujo al retrete del divan azul alumbrado por la lámpara de nácar.

—Isabel, me dijo, que así me nombraba siempre aquella mujer, has cumplido catorce años, y eres

hermosa como un ángel; ya no saldrás de aquí sino para ser esposa de un bizarro caballero, y despues que brille el sol de mi venganza.

Aquella mujer me habia dado miedo; en sus ojos habia leído mas bien el odio que el amor; sus consejos para mí siempre habian sido siniestros; siempre habian tenido por objeto una mujer á quien se me procuraba hacer aborrecer.

A pesar de mi repugnancia, llena mi imaginacion del funesto suceso de la noche anterior, me arrojé á sus brazos llorando, y la dije:

—Señora, han muerto á mi anciano maestro en el castillo de Schalobayah.

Rechazóme aquella mujer de sus brazos; me miró friamente, y dijo con violencia:

—Te han engañado, Isabel.

—No, no señora, la contesté, lo he oido yo, me lo ha dicho el alcaide, y su caftan estaba manchado de sangre caliente aun.

—¡Oh! contestó la mujer mirándome con fiereza; esa ha sido una horrible chanza del bravío Ali-Atar:

Calló un momento; y luego continuó.

—Mis enemigos triunfan; el poderoso señor que me protegía ha muerto y tengo que huir de la ciudad; mi hijo Sidy Alhamar queda encargado de tu custodia, Isabel; ámale y respétale porque es hermano del que ha de ser tu esposo.

Dicho esto iba á salir; pero yo la detuve, asiéndola por la túnica.

—Si es cierto que me destinás, la dije, para ser esposa de un hijo tuyo, tú no eres mi madre.

—¡Tu madre yo! exclamó con furor la mujer; no:

tu madre era una miserable adúltera; una mujer que te abandonó á la muerte, y que te hubiera hecho perecer, á no ser por mí que te salvé á pesar del odio que la profeso; tu madre es una infame que me arrebató mi suerte, el trono de mis hijos, la gloria de mi raza.

Aixa se agitó convulsiva en el diván y sus ojos lanzaron relámpagos de cólera.—Y tú lo creíste! exclamó asiendo las manos de Schamsul-llemal y mirándola con una ansiedad terrible.

—¡Ah! no, no señora, yo no la creí, porque no podía creer nada de una mujer que llamaba una chanza la muerte del anciano sacerdote.

Las profundas rugas de la frente de Aixa desaparecieron.

—Sigue, hija mia, sigue, la dijo estrechando dulcemente sus manos.

—Quedé sola, prosiguió Schamsul-llemal, y poco despues un mancebo, hermoso pero de semblante siniestro como la enlutada, entró: me dejó manjares, y me anunció lacónicamente que era Sidy Alhamar. Pasó algun tiempo sin que viese á otra persona que á él y á mis esclavas mudas, las mismas del castillo de Schalobanyah, hasta que en una ocasion entró Sidy Alhamar acompañado de otro jóven pálido, de semblante macilento y reflexivo, vestido á la castellana, y con cabellos largos sujetos por un birrete de terciopelo negro.

Marchose Sidy Alhamar, y me dejó sola con aquel hombre.

—Yo soy Sidy Yahye, me dijo sentándose fami-

liarmente junto á mí en el diván y pretendiendo asirme una mano que yo retiré.

Mi desvio le irritó ; díjome que me conocia por haberme visto muchas veces á través de las celosías de la cúpula, que me amaba con frenesí, y que estaba resuelto á anticipar nuestra union antes del plazo preciso. Me pintó con los colores mas vivos su pasión ; su porvenir, y sus proyectos de ambicion ; me puso ante los ojos un trono, y me exijió amor.

Yo tenia miedo á su lado y le hice concebir esperanzas.

Salió á su vez y quedé sola. Mi espíritu se entristeció ; me veia abandonada, sin amparo, en poder de gentes ambiciosas que se servian de mí tal vez como de un medio para realizar alguna ruin venganza ; el misterio de mi existencia me aterraba , y pensando en mi mala estrella me dormí.

Entonces, señora, apareció ante mi espíritu una vision ; ví que el humo de los pebeteros se condensaba hasta cubrir las formas del retrete, dejándole velado en una niebla confusa ; luego aquella niebla tomó formas y colores sombríos, y me encontré en un retrete octógono alumbrado por lámparas mortuorias.

En los muros de aquel retrete se leian nombres de hombres escritos con sangre ; bajo ellos armas y pendones de formas estrañas y variados colores, y en torno, sobre el pavimento de mármol negro, habia ocho divanes ricos y resplandecientes como tronos ; el uno estaba vacío, y sobre los siete restantes asenaban siete viejos negros con barbas y cabellos blancos, envueltos en mantos de púrpura ; con coronas

de laurel en las cabezas, y largas espadas de guerra desnudas en las manos.

Yo me estremecí de terror; pero el más anciano de los negros me dijo:

—No tiembles, Schamsul-llemal, tu pureza te protege; ella es la que preside tu estrella y pone en tus manos el destino de un gran pueblo.

Eres cautiva, y los que te cercan abusarán de tu inesperienza y de tu debilidad; se servirán de tí para ruines venganzas, y luego te abandonarán al escarnio y á la deshonra, sino te protege un poder superior que ellos mismos pondrán en tus manos sin saberlo.

La mujer que te tiene cautiva es enemiga de tu madre, á quien te robó en la cuna; el hombre que desea ser tu esposo y siente por tí un amor impuro es un traidor enemigo de su patria, á par que su hermano, en mal hora nacidos ambos en los dominios del Islam; es necesario que esa mujer y esos dos hombres perezcan.

—Y qué he de hacer? contesté temblando.

—Cuando mañana, me contestó el viejo, llegue junto á tí Sidy Yahye y te pida amor, concédeselo con una condicion.

En el tesoro de los reyes de Granada se guardaban dos talismanes poderosos, cuya virtud ignoran los sabios de la tierra. El uno es un collar de brillantes con una esmeralda pendiente de él, en que está grabado el sello de Salomon, que defiende de la violencia y de la impureza á la mujer que lo posea; y el otro un broche de diamantes que cumple los deseos licitos del que le pone sobre su corazon.

El primero fué depositado por Eblis en la Torre de los Gigantes de Toledo, y guardado bajo siete sellos á la aparicion de las razas del Norte sobre las regiones del Mediodia, y le sacó de él la Kaaba durante el reinado del rey godo don Rodrigo; el segundo fué donado por una hurí al rey Al-hhamar el Magnífico, y entrambos han pasado de rey en rey hasta Abou'l-Hassan, que los entregó á la cristiana renegada Isabel de Solis despues de sus desposorios. Si ella hubiera sido pura como tú, el reino de Granada hubiera estendido sus fronteras en las tierras del cristiano, porque Abou'l-Hassan hubiera sido invencible.

Ese collar y ese joyel están aun entre las joyas de la reina Zoraya, y te serán entregados por Sidy Yahye en el momento que se los pidas á trueque de tu amor.

Calló el viejo, y tornó á aparecer la niebla, condensose, se esclareció á su vez y desperté.

Estaba en mi retrete; pero habia sido tan singular el sueño que lo tuve por aviso de Dios.

A la noche siguiente tornó Sidy Yahye; venia cubierto de galas y mas pálido, mas sombrío que la vez anterior.

Tomóme una mano que yo le abandoné, y alentado por mi concesion quiso abrazarme.

—No, infante, le dije, no seré tuya hasta que me traigas todas las joyas de tu madre y yo elija entre ellas las que mas me agraden.

Miróme el infante con estrañeza; pero yo insistí.

—¿Y serás mi esposa en el momento en que te haga ese don? dijo el infante.

—Te lo juro.

Entonces salió, y tornó dos horas después trayendo un cofrecillo que abrió ante mí sobre el diván. Sobre un mar de fuego, producido por los destellos que lanzaban las riquísimas joyas de que estaba henchido el cofrecillo, vi una cajita de taflete rojo bordada en oro sobre el que estaban pintadas las armas de Al-hbamar el Magnífico. Toméle y le abrí. Dentro encontré el collar y el joyel. Era imposible equivocarlos, ellos solos brillaban mas que todos los diamantes y perlas juntas que guardaba el cofre.

Entonces, como por juego puse el collar sobre mi seno y prendí el joyel á mis cabellos. Fué un prodigio. El infante dió un grito de admiracion y quiso abrazarme; pero sin que yo me opusiese, una fuerza superior le repelió de mí.

—¡Oh! ¡es un talisman! dijo furioso queriéndome arrancar las joyas, pero fué inútil; desde aquel dia he vivido defendida de ellos, hasta anoche que imprevistamente me ví libre por el emir.

He aqui, señora, todo lo que sé de mi historia; el collar es este que ves.

—¿Y el joyel? la preguntó Aixa.

—El joyel, contestó la jóven ruborizándose, pertenece al capitan castellano que me ha traído hasta aqui.

Aixa levantó los ojos al cielo, dos lágrimas se deslizaron de sus ojos, y un recuerdo lejano y querido pasó por su mente.

—Cúmplase lo que está escrito! resclamó.

Y abrazando á la jóven la besó en la boca.

En aquel momento en que entrámbas mujeres se adivinaban, en que estrechamente abrazadas mēzcla-

ban su aliento y sus lágrimas, un ruido potente y confuso penetró por los agimeces en el retrete; luego se percibieron gritos furiosos, choques de armas y estampidos de arcabuces.

A pesar de ser los motines y los combates cosa demasiado comun en Granada, las dos mujeres se separaron despavoridas y corrieron á la galeria, en uno de cuyos agimeces esperaba Gaston de Vargas.

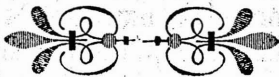
Cuando Aixa y Schamsul-llemal llegaban á él, una bala arrebató de la cabeza de Gaston el bonete y fué á clavarse silvando entre las labores del muro.

Schamsul-llemal dió un grito, y cayó desmayada en los brazos del capitan, mientras Aixa, fiera y altiva, llamaba á grandes voces á los esclavos:




JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



XII.



Aquel tumulto era producido por el populacho, la gente menuda y los descontentos, y preparado de antemano, que así es como suele moverse el pueblo, máquina poderosa, pero que necesita un impulso; acabado el cual vuelve á su inercia.

La terrible guerra encendida entre Abou'l-Hassan, su hermano Abdallah-al-Ssagar y su hijo Abou-Abdallah-al-Ssagirh; aquel juego de ajedrez en que se tiraban tan terribles jaque mates; del que eran tablero, torres, caballos y peones, Granada con sus castillos almenados y sus hombres de guerra; aquella continua alternativa de mando en que era tan fre-

cuente ver á un mismo tiempo á un rey en la alcazaba del Albaicin, á otro en el castillo de la Alhambra, y al tercero gineteando alrededor de los muros, atizando en el interior la discordia para arrojarse como el halcon sobre su presa, en el primer trono de aquellos dos que fuese abandonado por su poseedor, para entrar en cabalgada sobre el real cristiano ó para apaciguar un motin provocado por sus rivales; las ambiciones de las sultanas Aixa y Zoraya, legitimas en la primera, insensatas y criminales en la segunda; la debilidad del Xequé, del Zagal y del Zogoibi, que asi llamaba el pueblo á Abou'l-Hassan, á su hermano Abdallah y á su hijo Abou-Abdallah; el interés, las ambiciones y las enemistades crecidas y arraigadas en las tribus por efecto de esta lucha encarnizada, habian hecho imposible en Granada la unidad de pensamiento y la concentracion de fuerzas, tan precisas para rechazar á un enemigo poderoso, que al frente de un pueblo guerrero y conquistador se lanzaba sobre otro pueblo compuesto en gran parte de los restos de reinos conquistados.

En tanto Abou'l-Hassan habia muerto (quien dice que por yerbas que le dió su hermano el Zagal) en el castillo de Almunecab (1) el año ochocientos noventa de la egira (2); y despues de haber perdido las ciudades de Baza, Guadix y Almeria y muchas fortalezas de la costa, Abdallah-al-Ssagar, vasallo tributario ya de los reyes Católicos, pasó con su licencia á Africa, donde llevó sus tesoros y sus malo-

(1) *Almuñecar.*

(2) *1485 de J. C.*

gradas ambiciones en otoño de ochocientos noventa y cinco de la egira (1).

Sin competidores ya el Zogoibi; único señor de su reino, creyó y no sin alguna razón, que reuniendo todo su poder se defendería de los cristianos y envió sus alimes y faquies (2) á publicar el *aliget* (3) contra los infieles por las villas y lugares del reino sobre cuyos castillos y atalayas ondeaba aun la bandera del Islam.

«Y no fué inútil diligencia (*dicen las crónicas de aquel tiempo*), que luego se revelaron contra los cristianos muchos pueblos: toda la serranía se juntó y tomó su voz (*la del rey*) y entre otros pueblos Adra, que está en la costa del mar, y Castel-Ferruh (4) y otros varios.»

Con estas fuerzas sitió algunos lugares tomados por el enemigo, cercó la villa de Alhendin, y la entró, arrasando la fortaleza y pasando á cuchillo el presidio de cristianos que habían dejado en guarda los enemigos.

Los reyes Católicos, por vengarse de esta falta de fe al vergonzoso tratado otorgado á ellos por el rey Abou-Abdallah sometiéndoseles como vasallo tributario, entraron en cabalgada en la vega y talaron los panizos y mijo, única cosecha que se esperaba aquel año, pues en la primavera y verano habían quemado los sembrados y las mieses. Ni quedó reschica ni grande, ni mantenimiento que no fuere ro-

(1) 1490 de J. C.

(2) Sabios y doctores.

(3) Guerra santa.

(4) Hoy Castel de Ferro.

bado, ni aldea en la que no se cebase el incendio; y la escases empezó á hacerse sentir en Granada.

En vano Muza lanzó contra los enemigos sus ginetes; en vano su lanza se tiñó en su sangre hasta el ristre; los cristianos entraron con treinta mil peones y doce mil caballos en la vega, como queda dicho, y asentaron sus reales en las fuentes de Guetar á dos leguas de la ciudad.

Tantos reveses exasperaron mas y mas los ánimos; y el pueblo estaba cada dia mas irritado contra el rey á quien miraban por su debilidad como odioso causador de los males del reino, y no temian llamarle públicamente traidor, cobarde, y enemigo de su patria y de su religion. Mas de una vez llegaron los motines armados á las puertas de su alcazaba clamando venganza, y en vano los xeques y faquies de la ciudad amonestaban al irritado pueblo.

Los bandos crecian con el desaliento, á medida que el hambre se mostraba mas cruel: y no faltaba por cierto quien en provecho suyo atizase estas discordias, y sostuviese secretas y continuas comunicaciones con el enemigo.

La sultana Zoraya, madre de los infantes Sidy Yahye y Sidy Alhamar, con ellos y con el infante Sidy Yahye Alnayar (1), su primo, hijo del infante Selim, señor de Almeria, muerto algunos años antes por su ventura, puesto que no vió la ruina de su patria, se habia amparado despues de la conquista de aquella ciudad al ejército de los reyes Católicos, al que asis-

(1) *Estos tres infantes se bautizaron en Santafé, y tomaron por nombre los primeros don Juan y don Fernando, y el tercero don Pedro, con el apellido y la denominacion de infantes de Granada.*

tian además algunas taifas (1) de ginetes abencer-
rajes.

Tal vez la ambiciosa Zoraya, mujer de carácter
soberbio, renegada de su religion por un trono, soñó
en sus delirios que una vez vencido el Zogoibi los
cristianos pondrian en la Alhambra á su hijo Sidy
Yahye, contentándose con tener en él un rey tribu-
tario; halagada por esta loca esperanza derramó los
tesoros que debia al insensato amor del viejo Abou'l-
Hassan, mantuvo dentro de los muros de Granada á
su hijo Sidy Alhamar, ya bajo los harapos del ju-
glar, ya con las tocas de médico, ó con la hopalan-
da de astrólogo, y tuvo en rehenes, encerrada en un
círculo misterioso, á Schamsul-Ilemal, de quien pen-
saba servirse para su venganza contra la reina Aixa,
arrojando en su regazo de madre, cristiana, deshono-
rada y muerta, á aquella niña prenda de un amor crí-
minal envuelto en las nieblas del misterio.

Con tales y tan terribles medios, Zoraya disponia
á su placer de la tranquilidad de Granada; tenia es-
pías en todas partes, y aun dentro del alcázar de Mu-
za, foco de la lealtad y de la valentia granadina, y
le eran conocidos secretos tan profundos como el lu-
gar donde guardaba Aixa misteriosamente las pren-
das de su criminal é infortunado amor.

Pero la entrada maravillosa de Muza en el secreto
retiro de Sidy Alhamar, el robo de Schamsul-Ilemal,
y el descubrimiento de papeles importantes que cau-
saron la prision de muchos caballeros de Granada, fué
un terrible golpe para Zoraya, que se decidió á ju-

(1) *Banderas, escuadrones, en árabe.*

gar el todo por el todo, poniendo en accion de una vez y con una audacia y una imprevision infinitas todos los medios de venganza y de ambicion.

Sidy Alhamar era valiente y activo; á su pensamiento seguia la ejecucion, como sigue al relámpago el trueno; ser sorprendido por Muza, escapar, dar instrucciones á sus parciales, montar á caballo, llegar con la velocidad del rayo á Illora, donde estaba su madre con doña Maria Manrique, esposa de Gonzalo Fernandez de Córdoba, y volver disfrazado con ella á Granada, fué todo obra de un momento.

Al ponerse en movimiento la ciudad la noche anterior al grito de alarma de Muza, un observador hubiera notado algo estraño en algunos hombres que cruzaban presurosos entre las turbas que salian sonolientas de sus casas mal armadas y á medio vestir, quien con un arcabuz, quien con una espada. Aquellos hombres atravesaban como sombras las altas y estrechas callejas, llamaban á casas determinadas, cruzaban algunas palabras misteriosas con sus dueños, y se alejaban y se volvian á perder en las callejas para volver á llamar á otras cien y cien puertas.

Al amanecer, desvanecido el temor de la alarma, solo quedaban algunos grupos en las plazas y en los sitios mas públicos, y un rumor vago, indeciso circulaba entre ellos acompañado de amenazas y de insultos al rey.

Murmurabase que un cristiano, amparado por Muza, habia venido de los reales enemigos para tratar con el rey la entrega de la ciudad, y que el toque de alarma no habia sido mas que un pretesto para abrir las puertas entre el tumulto á los cristianos, y que la

indecision de los traidores era solo lo que habia hecho abortar el plan. Decianse el nombre y las señas del castellano, y en la plaza de la grande aljama se señalaba con escándalo por algunos fanáticos el agimez roto de la torre misteriosa, por donde se decia que habia robado Muza una dama musulmana.

Y como entre la plebe lo que primero es rumor luego es estruendo hasta convertirse en tempestad, se iba, se venia, se murmuraba, y en mas de un lugar los grupos habian llegado á ser turbas armadas.

Cuando el rey, acompañado de Muza y seguido de su pendon real, apareció en la puerta de Bib-Leujar (1) y bajó por la calle de los Gomerres, los almogavares se vieron obligados á deshacer á cintarazos los grupos de gente perdida y hambrienta que como atalayas avanzadas del motin ocupaban la calle. Las turbas corrieron á la plaza Nueva dando alaridos, maldiciendo y apellidando venganza, y al entrar en la plaza ya no eran grupos sino un gentio inmenso y rugidor que se agitaba furioso, pero contenido aun por el miedo; y sin que un grito determinado dominase el tumulto, confuso, incomprendible como el ruido del mar en la tempestad.

Muza, colérico, ceñudo, previendo la causa de aquel desacato, feroz en el momento del peligro, rodeó al rey de ginetes, afianzó la lanza sedienta de herir, aguijó el caballo y delante de todos á la carrera, seguido de sus ginetes, pasó como un vendabal sobre aquella turba atropellando cuanto se oponia á su paso.

(1) *Hoy de las Granadas.*

Entonces el motin estalló, oyéronse distintamente voces de muerte al rey y al emir, y algunas balas pasaron silvando entre los almogawares.

El rey, á pesar de su indecision, se irritó ante aquel insulto, arrancó su pendon de manos de su alferez, y levantándose sobre los estribos lanzó su grito de guerra.

—¡Le galib ile Allah! (1) exclamó con voz pujante; ¡Allah-Akbar! (2).

Y cambiando el pendon á la mano siniestra, y tomando de su escudero la pica de dos hierros, la arrojó entre las turbas, que se apoderaron frenéticas de aquella prenda real arrancada del pecho de un moribundo, y pusieron en ella su ensangrentado alquicel por bandera.

La plebe tenia un pendon de sangre, y ya no se oyeron mas que aullidos, disparos de arcabuz, gritos de mujeres, imprecaciones y blasfemias.

Al arrojar el rey su pica, los almogawares, agrupados en su alrededor, se arremolinaron gineteando como en un torneo, se abrieron en círculo á la carrera, detuvieron un momento sus caballos, armaron sus ballestas y lanzaron sobre la multitud, que se atropellaba procurando huir, una nube de azagallas.

Corrió la sangre, y la plebe, á pesar de los esfuerzos de algunos ginetes mezclados entre ella y que al parecer eran los caudillos del motin, corrió á ampararse de las embocaduras de las calles, y en direccion á la de los Gomerés veíase huyendo entre las turbas el alquicel prendido en la pica del rey.

(1) ¡Solo Dios es vencedor!

(2) ¡Dios es grande!

Muza entregó la pica á su escudero ; y se lanzó á la carrera espada en alto tras aquella sangrienta enseña ; las piedras, los palos, las armas arrojadas llovian sobre su arnés, rebotando en él como el granizo de la tempestad sobre las pizarras de una cúpula.

Un momento despues Muza habia arrancado de las manos del pueblo la pica real, y el terrible alquicel lanzado por la punta de su espada, fué á caer entre las masas.

El emir devolvia al pueblo su estandarte, que fué tremolado de nuevo y con mas furor en la pala de un hornero.

En un momento la gente del barrio de la Antequeruela y de Torres-Bermejas llenaron la calle de Gomerés.

—Señor, dijo Muza entregando la pica al rey, que se estremeció al mincharse las manos en sangre; esos perros han tomado bien la subida del alcázar y nada harán contra ellos los ginetes; á la alcazaba del Albaicin, señor.

Agrupáronse de nuevo los almogavares alrededor del pendón real; y Muza, dejando para despues el castigo de la plebe; temeroso de la seguridad del rey, que vestido de gala no llevaba otras armas que su pica y su espada, se lanzó á la carrera por la calle de Elveira (1), cuya embocadura abandonaron huyendo los curiosos y los amotinados que la ocupaban.

Entonces entre las turbas de la calle de Gomerés

(1) Ahora por corrupcion Elvira.

se levantó sobre los hombros de cuatro villanos un jóven, sin otras armas que una espada, y dijo con voz potente :

—¡A la Alhambra!

Era el infante Sidy Alhamar, que despues de haber tomado posesion en nombre del rey del aposento mas alto de la torre de Bib-Ataubin, y despojado de su traje de astrólogo, mandaba en las calles al pueblo contra el rey.

Las masas se precipitaron la calle arriba sobre la puerta de Bib-Leujar, pero la encontraron cerrada y defendida por ballesteros que habia sacado de su castillo á los primeros gritos del motin, el alcaide de las Torres-Bermejas.

Entonces, conociendo el pueblo que nada conseguiria contra aquella barrera inespugnable, gritó volviendo las espaldas á la puerta, y dejando ante ella como muestra de su paso algunos muertos por las ballestas de los soldados.

—Al Albaicin, á la alcazaba, al alcázar de Dar-la-Horra.

Sidy Alhamar désalentado, viendo frustrado el primer empuje, único momento en que puede tal vez triunfar el pueblo, arrojó la espada, tomó solo y blasfemando las altas callejas que conducen á la Antequeruela y se perdió entre ellas.

En tanto los amotinados, cada vez mas furiosos, se precipitaron sobre la plaza Nueva, inundaron la calle de Elveira, robando las casas que encontraban al paso mal seguras ó mal defendidas, y se lanzaron tras el rey, guiados por el rastro de muertos y heridos que dejaban tras sí Muza y sus almogawares.

Habian estos llevado adelante la calle de Elveira, y por la cuesta de Alacaba, la puerta Monaita y los muros de la alcazaba, habian llegado ante el alcázar de Dar-la-Horra, arrojando de sus alrededores las turbas de frenéticos, que al mismo tiempo que los de la plaza Nueva, habian cercado el alcázar y la alcazaba, y habian arrancado de un arcabuzazo el bonete de Muza de sobre la frente de Gaston de Vargas.

Pero la sultana se habia defendido como pudiera haberlo hecho el mas bizarro alcaide; activa, serena, impávida, habia mandado cerrar las puertas, habia estendido sus esclavos y su escasa guarda de almoravides en los agimeces, y el capitan Gaston, nombrado por ella su wali, recorría armado de una partesana que acaso le dió un soldado, los adarves, los jardines, las minas, atendiendo á todo, previniendo todo, como cumplia á un hombre de guerra y claro linaje.

El populacho en tanto gritaba:

—¡Muera la sultana Aixa!

—¡Que nos entreguen el cristiano!

—¡Que pongan en libertad á la dâma!

Y entre todo esto, arcabuzazos, gritos, ayes, crujir de armas y gritos frenéticos de:

—¡Abajo el rey Abdallah!

—¡Abajo el Zogoibi!

—¡Abajo el renegado traidor!

Y de momento en momento se engrosaban las turbas con nuevos conjurados, y los gritos crecian, y los disparos se redoblaban, y solo Dios sabe lo que hubiera acontecido á no ser por la llegada del rey, del emir y de los quinientos almogawares, á cuya

vista los amotinados tiraron las armas y se dispersaron.

Restablecióse en tanto el silencio en torno del alcázar, abriéronse sus puertas, y el rey ceñudo, incómodo, contrariado, con la túnica y las manos manchadas con la sangre que habia tomado de la pica, se tiró del caballo y entró en el alcázar apresuradamente seguido de Muza: salvó, saltando la escalera, penetró en el retrete de la sultana, y jadeando, cubierto de polvo y de sudor, se arrojó blasfemando en el divan donde acababa de volver en sí Schamsul-llemal, que tornó á desmayarse al ver ante sí al rey descompuesto, pálido y cubierto de sangre.

Muza se detuvo sombrío ante la puerta, no tanto por respeto cuanto por haber visto de pié junto al divan mirando á Schamsul-llemal al capitán Vargas.

Este reconoció á Muza, y con una serenidad admirable se adelantó hasta él; en tanto que la sultana corría desalada á su hijo á quien amaba con frenesí.

—¿Vienes herido, señor? preguntóle con ansiedad, y la palidez de la muerte pintada en el semblante:

Abou-Abdallah lanzó una insensata carcajada.

—¡Herido! exclamó con fiereza: ¿Tiene esa turba ruin, armas bastantes para herir á su rey, ó pueden llegar hasta mí otra cosa que su sangre y sus gritos furiosos? ¡Agua, perfumes, ropas! exclamó el rey sin mirar á su madre que le contemplaba con amor; ¿qué hace esa esclava, añadió reparando en Schamsul-llemal apenas repuesta del terror que la habia causado el rey; que asienta á par mio y permanece inmóvil cuando escucha mi voluntad?

Schamsul-llemal se levantó sonrojada y fijó su vis-

ta en la alfombra, á tiempo que una hermosa esclava presentaba al rey una fuente de oro llena de agua de rosa, y otra le traía frascos de aceites aromáticos y perfumes.

El rey se dejó lavar las manos y el semblante que se habia manchado de sangre al limpiarse el sudor, y miró sombriamente alrededor de sí donde solo habia personas silenciosas.

—¡Oh! dijo reparando con mas detencion en la jóven, tú eres la dama del mirador, la del romance, la de las carcajadas. ¡Oh! ¡bien! ¡muy bien!

Muza, contrariado por sus celos, irritado por el carácter insustancial del rey que dirigia palabras triviales á una mujer, mientras hermosas esclavas lababan en su semblante y en sus manos la sangre del combate, exclamó:

—Atiende, señor, que no es ocasion ahora de otra cosa que de sofocar la rebelion que estalla á los piés de tu trono, y que tu emir espera tus mandatos.

—¡La rebelion! dijo con desprecio el rey; el pueblo no es otra cosa que polvo, que necesita un viento fuerte que le levante de su impotencia, y que como el viento pasa sin dejar otras huellas que los surcos sobre que se ha arrastrado. La rebelion puede cegar al que la afronta, pero nada puede hacer contra el que le vuelve la espalda y la deja pasar sin cuidarse de ella.

—Pero la rebelion, señor, continuó Muza que tenia de tenaz lo que el rey de indolente, la rebelion arrojó á vuestro padre de su trono y os puso en él.

—Mi padre presentó la faz á la rebelion y cegó; he ahí todo; escucha, nada se oye; el viento ha pa-

sado, y cuando mas, solo quedarán algunos centenares de cadáveres como testigos de su remolino.

En efecto, nada se escuchaba; el valiente Reduan Venegas y otros alcaides de los castillos del muro habian sofocado la rebelion, matando á los pertinaces, ahuyentando á los débiles y prendiendo á los tardos. Y como para apoyar el dicho del rey, llegaron uno tras otro cuatro arrayazes (1) trayendo la nueva de la pacificacion de la ciudad.

La reina Aixa contemplaba con dolor la inaccion de su hijo, y temblaba al ver su tenaz mirada fija alternativamente en Schamsul-Ilemal y en Gaston de Vargas, en la primera con admiracion, en el segundo con odio.

—¿Y bien, Muza, dijo al fin el rey dando libre rienda á sus pensamientos, qué quiere entre nosotros este perro infiel?

Muza contuvo con una mirada á Gaston y contestó:

—Es mi huésped, señor, un amigo á quien debo la vida, y á quien he convidado á morar algun tiempo en mi alcázar.

—Y bien, ese amigo, dijo el rey en mal castellano como pretendiendo ser entendido por Gaston, si mal no recuerdo ha dado en gran parte causa al motin; el pueblo ha sospechado por él de nosotros y está en peligro en Granada; que se vaya, y que diga á sus señores que el rey de Granada les espera sin miedo entre sus mujeres.

—Los reyes de Castilla, mis señores, contestó Gas-

(1) *Capitanes.*

ton, han probado mas de una vez que saben hacer huir como mujeres á tus guerreros.

Muza tembló, y Aixa y Schamsul-llemal palidieron ante la imprudencia de Gaston.

Pero todo era incomprendible en el rey: lo que en otra ocasion hubiera provocado su furor entonces provocó su risa.

—¡Por Allah que eres valiente, rapaz, contestó, y bien mereces que lleves una prenda mia! Segun recuerdo, Muza en otra ocasion me dijo no sé que trueque de armas contigo. ¡Oh! sí, mi pica real que yo le doné á mi subida al trono; pues bien: toma mi alquicel y mi bonete, y cuida de mostrar en tu real que han sido manchados de sangre sobre la persona del rey.

Y arrojó al mancebo su rico capellar de brocado y su bonete de púrpura.

—Vete, le dijo el rey; aborrezco á los cristianos desde el lance de Lucena, y puede acontecer que si estás una hora mas en Granada ponga tu cabeza en una escarpia.

Dicho esto, levantóse, asió de un brazo á Muza, le arrastró consigo á los retretes interiores, y dejó solos á la sultana Aixa, á Schamsul-llemal y á Gaston aturdido con lo que acababa de presenciar.

—Vete, cristiano, vete, le dijo la sultana, y no juegues con el leon que puede despedazarte.

Gaston dió un paso hácia la puerta.

—No, por ahí no, dijo la sultana, aun está reciente el motin y pudiera acontecerte una mala ventura. Sígueme.

La sultana penetró por una puerta opuesta á aque-

lla por dónde habían desaparecido el rey y Muza, y Schamsul-llemal se arrojó instantáneamente en los brazos de Gastón.

—Sí, huye, capitán, huye, le dijo, porque yo te amo.

Gastón quiso arrojarle á sus piés, pero ella le rechazó indicándole con un ademán enérgico el sitio por donde había salido la sultana.

Gastón salió, y fué conducido á la mina por donde había venido al alcázar de Dar-la-Horra, al de Muza.

Allí tomó la pica real, sus armas, su manto y su caballo, y llevando consigo el almaizar y el bonete del rey, salió de la Alhambra, escoltado con diez ginetes, por la puerta de Hierro, y á través del monte de Dinadamar, descendiendo al río Cubila (1), y dejando su escolta en la punta de la sierra Elvira, llegó atravesando la falda de esta al real de Santafé, no como había salido confiado y alegre en busca de aventuras, sino triste, meditabundo, llena el alma de celos y de amor por Schamsul-llemal.

En tanto Granada había quedado silenciosa; como aterradas del motin de la mañana, las gentes estaban encerradas en sus casas, y no se veían más seres humanos que los soldados que escoltaban las taifas de villanos ocupados en recoger cadáveres y en arrojar agua sobre las huellas de sangre.

Aquella tarde una litera magnífica conducida por dos esclavos etíopes y escoltada por Muza y algunos caballeros de su mesnada, salió de la ciudad por la puerta de Bib-Ataubin, y se adelantó en la vega.

(1) *Cubillas.*

Entonces apareció en los agimeces de la torre, sobre cuyas almenas estaban clavadas en escarpías seis cabezas de nobles ensangrentadas y casi calientes aun: otra cabeza, viva, sombría, ceñuda que clavó la feroz mirada en aquella comitiva que se alejaba.

Era el infante Sidy Alhamar.

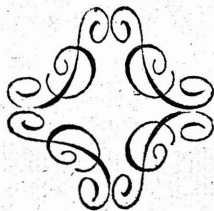
Poco despues un hombre cubierto con un albornoz negro y con una toca amarilla salió por la puerta, y siguió lentamente la comitiva y á larga distancia para no ser observado.

La litera llegó al fin, despues de oscurecido, á la villa de la Azubia, y una dama cubierta con un velo y apoyada en el brazo de Muza salió de ella y entró en una casa situada fuera de la villa por la parte que mira á Granada entre un bosque de laurel.

El hombre del albornoz negro y la toca amarilla barbotó un horrible juramento, y se perdió entre los olivares.

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA



XIII.

Gaston de Vargas entró en el real, mustio, cabizbajo, casi avergonzado.

Sus amigos le recibieron con alborozo, y en especial su primo Garci Perez de Vargas y don Iñigo Lopez de Mendoza.

—Y bien, mi valiente capitán, le dijo el conde tendiéndole la mano, supongo que tras de tí, encerrado en una litera y escoltado por soldados de las atalayas vendrá ese divino sol de Granada.

Gaston suspiró profundamente, y contestó:

—Mal que me pese, señor, ese sol queda alumbrando los ojos de otro, y yo solo traigo el corazón quemado con sus rayos.

Era tan triste el acento de Gaston, tan sentidas sus palabras que Garci Perez y el conde se miraron temerosos de que hubiesen dado hechizos al jóven en Granada.

—Por mi parte, dijo el conde dando de mano á la conversacion de amores, soy deudor por tu ida á Granada de un magnífico bridon árabe, una jacerina, un broquel y un alfanje que un alferez y cuatro escuderos de Muza me presentaron con el mensaje de que el emir te tenia por huésped algunos dias. Y en verdad que esto nos puso en cuidado. ¿Cierto, capitán Garci Perez?

—Confiabamos sin embargo, repuso el preguntado, en la hidalguía del emir. ¡Lástima que tan buen caballero sea nuestro enemigo!

—¿Y qué me cuentas de su alcázar? preguntó el conde á Gaston con la espresion de la envidia, natural en quien habla con uno que ha visto lo que él desea ver.

—¡Ah! señor, contestó Gaston, la Alhambra es la maravilla de las maravillas. El alcázar de Muza parece un palacio encantado con paredes de brocado de menuda labor, sostenidas por arcos de encaje y columnas de alabastro. Es un tesoro encerrado en muros guarnecidos de almenas. Pero, añadió Gaston volviendo á su pensamiento dominante, con el presente te habrán entregado, señor, un pergamino de Muza.

—Si por Dios, contestó el conde, demandando licencia de Sus Altezas para que permanecieses algunos dias á su lado. Y aunque el rey recibió al principio con disgusto esta demanda,

—Señor... observó en acento de disculpa Gaston.
—No en cuanto al emir, continuó el conde, á quien respeta como un rey guerrero debe á un caudillo tan valiente y tan leal como Muza; pero no quiere que sus caballeros tengan amistades, que son siempre peligrosas, con enemigos infieles.

—Mas yo... balbuceó Gaston adivinando un reproche en el acento severo del conde.

—Sí, sé, dijo este, que la casualidad os ha unido, y creo que otra casualidad os volverá quizás á separar. En fin, medió la princesa doña Isabel de Portugal, y la licencia, aunque concedida con disgusto por Sus Altezas, está aquí.

Y el conde golpeó su escarcela.

—¡Oh! dámela, señor, dijo con interés Gaston, porque me precisa usar de ella.

—Tenaz eres, capitán, y sin embargo, si yo no he oído y visto mal esta noche, debes haberte encontrado en uno de esos furiosos choques en que tan á propósito para nosotros se destrozán los muros, porque he visto fuego en sus atalayas, y he escuchado el crugir de sus bombardas.

—Es verdad, señor, contestó Gaston, y contó al conde y á su primo cuanto le había acontecido desde su salida del real, quitando sin embargo á su relación lo que tenia de mágico Schamsul-Ilemal, y el don de esta del joyel, y el del capellar, y el bonete del rey Abou-Abdallah.

—Los enamorados son locos furiosos, dijo el conde dando un pergamino enrollado á Gaston, y dirigiendo la palabra á Garci Perez: sino le damos la licencia de seguro él se la tomará.

Y se despidió de los dos hidalgos.

—Espera, señor, le dijo deteniéndole Gaston, aun tengo que pedirte otra merced.

El conde se detuvo esperando la petición.

—Préstame por solos tres días, dijo Gaston, ese caballo y esas armas de que te ha hecho presente el emir.

El conde hizo un gesto de inteligencia y se sonrió.

—Concedido, le dijo; de todos modos yo no pensaba usar de ese presente sino como él use del mío.

—¿Y qué le habeis donado, señor?

—Mi mejor caballo y mi mejor espada, contestó el conde, con el mensaje de que apreciaria medirla con su alfanje. Adios, capitanes; descansa, Gaston, y no te espongas en locas aventuras.

El conde salió, y Gaston, libre ya del respeto que debía á su alcurnia, despidió desabridamente á su primo, cerró su tienda y se echó armado aun en su lecho de soldado.

Envolvióle un sueño penoso; le parecia que el emir era amado de Schamsul-lemal, que las palabras de amor de la jóven solo habian sido hijas de un sentimiento de gratitud; el odio, los celos, un amor insensato en fin hicieron su dormir inquieto, agitado, apenador. Su cabeza ardía, un dolor agudo y pesado atravesaba sus sienes, y cuando despertó un sudor helado cubria su frente.

Era ya tarde; el sol se habia puesto; los escuadrones volvian de forragear, y se escuchaba por todas partes el son de los clarines que tocaban á recoger.

Pronto la noche estendió su manto de sombra so-

bre el hemisferio, y la luz del crepúsculo se confundió con la de la luna.

Gaston salió á la puerta de su tienda, y vió á su escudero Garcés ocupado en limpiar un magnífico caballo árabe de piel negra y lustrosa, de formas descarnadas y ojos centellantes.

—Mientras dormias, señor, le dijo Garcés, dos escuderos de don Iñigo Lopez de Mendoza han traído para tí este caballo, cuyos arneses con otras armas están junto á tu lecho.

Gaston hizo encender una lámpara á su escudero, y á su luz examinó el regio presente de Muza.

Los jaeces del caballo se componian de un luciente caparazon de hierro labrado y dorado con caprichosos arabescos, una gualdrapa de púrpura, y freno y bridas de tafílete.

La jacerina, el broquel y el alfanje eran admirables y su temple duro como el diamante.

—¡Pronto, Garcés, exclamó el jóven, desármame, enjaeza el caballo, y tenle pronto!

El escudero obedeció.

Gaston se ciñó el jaco en vez de su coselete, cubrió sus cabellos con el bonete del rey, y sus hombros con el almaizar, suspendió de su costado el alfanje, abrazó la adarga, y empuñando la pica de Muza cabalgó.

El generoso animal dió un relincho de alegría como envanecido de su ginete, y piafó impaciente hiriendo el suelo con los ferrados cascos.

Entonces Gaston sacó de su escarcela el joyel mágico de Schamsul-Ilemal, le puso sobre su pecho, y con la frente ardiendo y el corazón palpitante de amor, murmuró:

—Hermosa joya, llévame ante la querida de mi alma.

Apenas pronunciadas estas palabras, el corcel partió á la carrera, atravesó las tiendas y salvó las puertas del real, sin que fuesen bastantes á detenerle los gritos de los soldados ni las picas de los guardas; algunos ginetes se lanzaron tras él; pero fué inútil; instantáneamente les dejó avanzando en la vega con la velocidad del torbellino.

Gaston, firme en la silla, cubierta la cabeza con el capuz del almaizar, abrazada la adarga y baja la pica, deslizándose al rayo de la luna sobre aquellos campos, talados, desiertos y silenciosos; fijando la vista ansiosa en los muros y en las altas torres de Granada, gallardo y relumbrante con el brocado real; parecía el genio del Islam que se lanzaba á proteger á Granada.

—Pero con asombro suyo el corcel no se dirigió á las murallas, sino que torció hácia la sierra, atravesó de un salto el Genil, y se perdió entre los olivares, dirigiéndose á una colina sobre la cual entre cipreses y nopales se alzaba el alminar de una mezquita, en torno de la cual se veían algunas blancas casas.

Poco trecho antes de llegar á la colina, en el claro de un olivar; Gaston, que habia puesto su caballo al trote, vió venir hácia él un hombre cubierto con una hopalanda negra y ceñida la cabeza con una toca amarilla.

—Aquel hombre se detuvo; dejó pasar al ginetel y cuando se hubo perdido entre los árboles, murmuró con odio, engañado por el almaizar y las armas que llevaba Gaston :

—¡El rey!

Su mirada furiosa se perdió chispeando en el oscuro fondo del olivar, y luego, lentamente, paso á paso, con la cabeza inclinada, y los brazos tenazmente cruzados sobre el pecho, tomó el camino de la ciudad.

En tanto Gaston llegó á la colina; penetró en una espesura de laureles y descabalgó.

Un tiro de pica mas allá, alumbrada enteramente por la luna, vió una casa blanca y de techos poco elevados, rodeada por los muros de un jardín.

Aquella casa estaba muda, silenciosa como un cementerio, pero á través de los tapices rojos y transparentes de sus agimeces se percibía el ténue resplandor de una luz.

Un poder superior arrastraba á Gaston á aquella casa, y se encaminó á ella dando vuelta á sus muros.

En la parte oriental perdida entonces en la sombra, halló un caballo atado á un árbol.

Acercóse á él y le reconoció.

Era el valiente Samyel, el corcel de batalla de Muza.

Un poco mas allá del bruto habia un estrecho postigo que se abrió por sí solo y tornó á cerrarse despues de haber dado paso á Gaston que se encontró en un jardín.

Si el jóven no hubiera llevado lleno su pensamiento de la imágen de Schamsul-Ilemal, indudablemente se hubiera detenido á aspirar el aire balsámico que volaba sobre las flores y entre los arrayanes; hubiera deleitado su vista en las mansas cascadas de las fuentes y de los estanques; hubiera contemplado con

asombro la magnífica arcada velada blandamente en la sombra y destellando opacos fulgores de oro y azul, al suave reflejo que le prestaban las aguas heridas por la luna ; pero Gaston atravesó el jardín sin mirarle guiado por un impulso invisible , subió la gradería sobre que estaban sustentados los arcos , y entró en una opaca galería.

Al frente del jardín había una gran puerta que Gaston dejó á la derecha, y se perdió en el fondo de la galería aventurándose en una estrecha escalera de caracol.

A pesar de no recatarse Gaston, sus pasos no resonaban sobre los peldaños de mármol, del mismo modo que si hubiera sido una sombra ; y así silenciosamente atravesó otra galería, penetró por otra pequeña puerta y se encontró en un recinto oscuro, tras un tapiz que correspondía á un retrete alumbrado por una lámpara.

Detúvose entonces contenido por el mismo impulso misterioso que le había conducido hasta allí, y lanzó sus ávidas miradas al retrete á través de la abertura del tapiz.

Sus mejillas se enrojecieron, sus ojos centellantes lanzaron fuego, su mano empuñó convulsiva el alfanje, y un estremecimiento terrible agitó su ser.

En el fondo de aquel retrete, sobre un diván, velada por pabellones de gasa y por el blanco humo de pebeteros de oro; indolentemente reclinada en los almohadones, y con la ardiente mirada fija en la puerta tras la cual se ocultaba Gaston, que no podía ser visto cubierto por el tapiz, estaba Schamsul-Ilemal, mas hermosa que nunca escuchando con abandono á

Muza, que á poca distancia de ella, sentado en una alkatifa y recostado en el divan, miraba apasionado á la jóven.

Parecia que en aquel silencioso retrete volaba el genio de los amores misteriosos; el ambiente, la luz, los perfumes, los muebles, aun las mismas formas del retrete sostenido por grupos de columnas, con fondos labrados de oro y colores, con su alta cúpula casi perdida en la oscuridad, su fuente de mármol en que un blando surtidor murmuraba tenuemente, las brisas que agitaban los tapices y venian á saturarse en los perfumes, todo era alli voluptuoso y fascinador, todo convidaba á amar.

Y ella, envuelta en su blanca túnica menos blanca que su tez; con las trenzas de sus cabellos desordenadas por las fatigas de aquel dia terrible, con el prestigio fantástico de su sin par hermosura, deslumbrante, indolente, enamorada, era un arcángel del sétimo cielo, sobre cuyo redondo seno, Allah, satisfecho de su hermosura, habia colocado el brillante y protector talisman signo de su poder.

Y Muza no era ya el guerrero de semblante adusto, de mirada amenazadora y altivo talante; sus ojos se posaban ávidos en ella, devoraban uno á uno todos sus encantos, absorvian el misterioso ser de la niña, y no se veia en ellos otra cosa que la espresion de un amor insensato, superior en él á sus creencias, á sus odios, á sus deberes; habia olvidado la vision de los Siete Siglos, y habia caido sin fuerza ni voluntad ante Schamsul-llemal, como en otro tiempo el sabio rey Salomón ante la hermosura de la reina de Saba.

El arnés damasquino y las armas del emir arroja-

das entre las flores y los pebeteros, lanzaban sinietros reflejos, cual si las empañara aquel ambiente de perfumes, de molicie, de voluptuosidad.

Callaban entrambos perdidos en sus recónditos pensamientos; ella con el alma entera reconcentrada en el recuerdo de Gaston; él, mudo de admiracion, de pasion, de felicidad.

Cada vez que una ráfaga mas fuerte de las brisas hacia oscilar la luz de la lámpara, agitando al par los anchos pliegues de la túnica de Schamsul-llemal, desordenando parte de sus cabellos destrenzados, arrojando sobre el emir el suave aliento de la hermosa jóven, parecia ver descorrerse el velo del infinito, que un espíritu inmortal y poderoso le mostraba las huries y las hadas pasando sobre blancas nubes al rayo de la luna, con las túnicas flotantes y los cabellos sueltos como una aureola de ambrosía, y su alma se envenenaba mas y mas, y su respiracion era mas ardiente y su pensamiento mas insensato.

Y asi pasaron largo espacio, ella la mirada fija en el tapiz que ocultaba á Gaston, el emir anegado su espíritu en el ser de Schamsul-llemal.

Pero como si su alma hubiera sido estrecha para contener tanta emocion, como si un poder superior le hubiera lanzado á la jóven, suspirante, frenético, asíó una de sus manos, la cubrió de ardientes besos, y pretendió rodear su talle gentil; pero, como si la hubiera mordido una serpiente ponzoñosa, Schamsul-llemal dió un grito; desasióse de Muza, y se puso en pié de un salto, fiera, irritada, amenazadora, con la mirada centellante fija en el emir, que habia quedado prosternado á sus piés.

Gaston quiso adelantar, gritar, colocarse entre Muza y Schamsul-llemal; pero un poder invencible dominaba sus movimientos y su voz.

—¿Quién eres tú, dijo Schamsul-llemal á Muza, que te atreves á tocar mis manos? ¡Ah! ¡el emir Muza Ebn-Abil-Gazan! ¡el guerrero que se aduerme junto á una mujer, entre flores y perfumes, mientras los cristianos corren la vega, mientras que los traidores levantan quizá el puñal ocultos entre los tapices del divan donde duerme el rey!

—¡Yo te amo! dijo con voz conmovida Muza.

Schamsul-llemal no amaba al emir, pero tampoco le aborrecia; si como amante le rechazaba, como valiente, como caballero le prestaba el tributo de admiracion que nadie le habia negado, entrando en cuenta sus mas encarnizados enemigos.

Schamsul-llemal suavizó su acento, miró sin odio á Muza, y le dijo: P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife

—Levántate, emir, ¿qué quieres de mí? Yo no puedo amarte, pero puedo protegerte, hacerte invencible, darte el poderoso talisman que rodea mi cuello, y lanzarte como un rayo sobre tus enemigos. Puedo ser tu hermana, Muza, pero tu esposa jamás.

—¡Oh! y yo quiero tu amor, contestó el emir, levantándose y adelantando hasta la jóven que retrocedió. ¿Qué me importan el rey, ni Granada, ni los siete cielos de Dios, si no te tengo á tí, luz de mi alma, blanca gacela que atraviesas el desierto de mi vida? Amame, y yo seré tu esclavo, y romperé mi espada por tí, y me encerraré contigo hasta la muerte en el mas hermoso y sombrío retrete de mi alcázar.

Habia llegado la hora de la prueba para Muza: de

la fuerza de su corazón estaban pendientes su porvenir y el de su patria; y sin embargo el desdichado cedia á su destino funesto; todo lo habia olvidado, solo tenia ante sí á Schamsul-llemal incitante en su pudor y en su orgullo, altiva y afable á la vez, radiante, embellecida por el genio enemigo del Islam.

Schamsul-llemal tembló por la razón de Muza.

—¡Despierta, emir! le dijo, ¡despierta! un espíritu tentador te envuelve en sus alas. ¡Despierta y creeme! ¡Mi amor jamás será tuyo!

—¡Nunca! murmuró Muza aterrado.

—Nunca, emir, le contestó dulcemente Schamsul-llemal.

Muza bajó la cabeza anonadado; sus brazos se tendieron á lo largo de su cuerpo, y temblaron sus rodillas.

De repente levantó la cabeza, sus ojos radiaron con la sublime expresión del entusiasmo tan frecuente en ellos, soltó una larga carcajada, y miró de hito en hito á la jóven.

Muza habia dado el primer paso en la terrible senda de la locura.

—Si, es verdad, dijo á Schamsul-llemal, la patria me llama; el rey necesita un amigo, los nazarenos un castigo á su insolencia; si, es verdad, añadió asomándose á un agimez y mirando al lejos en la distante vega; allá entre lo oscuro veo las luces de su real; ¡duermen tal vez! ¡que toquen al arma! quiero arrojar á los cristianos mas allá de las fronteras; y luego entrar por su tierra y llegar hasta Aragon y Castilla. ¡Oh! y cuando yo sea rey, cuando vuelva rodeado de la aureola de mi gloria, ella me amará,

porque las hermosas aman á los valientes. ¡Oh! si, yo conquistaré su amor anegando hasta las cinchas á Samyel en sangre de cristianos.

Y lanzó otra larga carcajada.

Schamsul-llemal se estremeció al medir el inmenso abismo del amor del emir: un silencio profundo siguió á su risa insensata.

De repente sus ojos se dilataron, pasó la mano por su frente, miró en torno suyo como si despertase de un sueño, y la luz de la razon volvió á aparecer en sus ojos. Schamsul-llemal, que le observaba, respiró como aquel á quien alivian de un gran peso, y se sentó en el divan.

Muza recordó entonces la vision de los Siete Siglos, vió en el cuello de Schamsul-llemal el talismán salvador, y por un momento el amor al rey y á la patria dominaron en su corazon.

—He soñado, dijo á Schamsul-llemal avergonzado de su debilidad, me he olvidado por tí de mis deberes de muslim y de caballero. ¡Oh! ¡por Allah! ¡antes que todo es necesario salvar á Granada! Dame tu talismán, Schamsul-llemal, y yo te juro olvidar mi desdichado amor, y pasar á una tierra estraña y morir en ella despues que haya vencido á los cristianos.

Si un momento antes hubiera hecho á la jóven tal demanda, el talismán hubiera tornado invencible á Muza, pero despues de la lucha anterior tuvo miedo de despojarse del amuleto que la protejia, temió ser objeto de la violencia del emir, y tembló al pensar que la sangre de Gaston podia ser vertida por su imprudencia.

Muza vió una negativa en el silencio de Schamsul-

llemal, se irritó, y con la irritacion volvió á su demencia y á su furor.

—¡Oh! exclamó, ¡ni tu amor, ni mi honra! pues bien, yo te arrancaré esa joya preciosa, y serás mia, esclava, y venceré. ¡Por que tú eres mi esclava! ¿lo entiendes? gritó arrojándose á Schamsul-llemal.

Gaston tembló de cólera tras el tapiz, pero como antes se encontró sujeto y sin voz.

Pero sin su ayuda la acometida de Muza fué inútil, parecia que rodeaba á la jóven un círculo de diamante.

El emir conoció su impotencia, y se arrojó sollozando á los piés de Schamsul-llemal.

—¡Oh! tú, quien quiera que seas, la dijo, mujer ó genio, ángel ó demonio, vuélveme la paz de mi corazon ó esterminame.

El acento de Muza era desesperado; Schamsul-llemal vaciló, y puso la mano sobre el talisman; pero acordóse de Gaston, del amor furioso del emir, y tembló.

—No, dijo retirando su mano del broche del collar; ¡que se cumpla tu destino, emir!

Muza lanzó una mirada de inmenso sufrimiento á la jóven, se levantó lentamente, tomó su espada y su lanza, rodeó á su brazo el almaizar en un movimiento desesperado, y exclamó, lanzándose fuera del aposento por otra puerta frontera á aquella en que estaba oculto Gaston:

—¡Que se cumpla la voluntad de Allah!

Y frenético, con el corazón desgarrado de dolores, y la desesperacion en el alma, salió fuera de la galeria y del jardin, cabalgó de un salto en Samyel,

se arrojó á la carrera sobre el camino de la ciudad, y se perdió entre las brumas y el silencio de la noche.

Cuando dejó de resonar la carrera de Samyel, Schamsul-llemal corrió á el tapiz que ocultaba á Gaston, le asió de una mano y le introdujo en el retrete.

—¡Oh! exclamó la jóven arrojándose en sus brazos, ¡á tí si que te amo!

Gaston palideció de amor, cogió entre sus manos la cabeza de Schamsul-llemal, la contempló con delicia, y dominado aun por el recuerdo del acontecimiento anterior, murmuró, midiendo por su felicidad la inmensa distancia que separaba su fortuna en amores de la del emir:

—¡Infeliz Muza!

—¡Oh! si, ¡desdichado! contestó Schamsul-llemal desprendiéndose de los brazos de Gaston y sentándose en el divan.

Los dos eran generosos. Schamsul-llemal debía su libertad á Muza, y Gaston habia sido objeto de su amistad. Entrambos respetaban y amaban al emir con el amor de la admiracion; pero eran jóvenes, enamorados, estaban solos, y aquella impresion penosa duró en sus almas lo que dura en la superficie de un lago el ondulante círculo causado por la caída de una lágrima.

Despues se entregaron sin reserva á su amor, amor naciente, pero inmenso, amor al que habian nacido predestinados y cuya pureza no manchaba el recuerdo de otros amores. Amor invencible, revelado en la primera mirada, espresado en el primer suspiro, contenido solo un momento ante las miradas estrañas, pero impetuoso, rico de sensaciones y de delirios, de

sueños purísimos y de goces inmensos; entonces que estaban libres, por que los esclavos y los guardas dormian, como si un genio protector de los enamorados hubiese arrojado sobre sus párpados el mas profundo de los sueños.

Y entregados á su felicidad, reian como locos y lloraban como niños, y la luz de la lámpara parecia amortiguarse envidiosa de tanta dicha.

Y ni uno ni otro se contaron su historia, ni pensaron en el porvenir; porque el presente llenaba sus almas, y les envolvia en sus alas la hada de los amores y gozaban hasta lo infinito la parte de locura y de olvido de las penas humanas, que Allah ha concedido al hombre para darle un solo momento de paz en su larga y penosa peregrinacion sobre la tierra.

Pero en medio de este sueño de amores, hasta el centro del silencioso retrete, conducido á través de los agimeces por las alas de las brisas, llegó el sordo rumor de pasos de caballos, el crugir de armas y el murmullo sordo de algunas voces á poca distancia del pequeño alcázar de Muza.

Gaston fué á un agimez, y miró al campo en direccion á donde sonaba el rumor de las voces; entonces vió mas allá del laurel, por la parte occidental, sobre el camino de la ciudad, una pequeña casa en que no habia reparado á su llegada; junto á ella, heridas por la luna, lanzaban destellos las armas de algunos soldados moros, y se oia el relincho de los caballos y el ruido de las armas de los soldados que habian descabalgado.

Schamsul-Ilemal miró tambien aquella gente.
—Nos guardan ó nos espian, dijo la jóven. ¡Oh!